

IV

Seis semanas después, estaba Claudio pintando una mañana al sol, que entraba por los cristales de la claraboya del taller. Frecuentes lluvias habían entristecido la segunda semana de Agosto, y sentía renacer su valor con el cielo azul. No adelantaba mucho su gran cuadro, al que se aplicaba durante las prolongadas y silenciosas horas de la mañana, tenaz y combatido.

De pronto, llamaron á la puerta. Creyó que era la portera que le subía el desayuno, y como la llave estaba siempre en la cerradura, dijo sencillamente:

—¡Adelante!

La puerta se abrió; percibióse ligero movimiento, y luego, nada: Claudio continuó pintando sin volver la cabeza. Pero aquel silencio vibrante, la vaga y palpitante respiración, le inquietaron á la larga. Miró, y se quedó mudo de asombro; tenía delante una mujer, vestida con un traje claro, medio oculto el rostro en blanco velo; no la co-

nocía; llevaba en la mano un ramo de rosas que acabó de desconcertarle.

De pronto dió en quién era.

—¡Usted, señorita!... Realmente, no pensaba ya en usted!

Era Cristina. No estuvo en su mano ahogar aquella exclamación poco cortés que era la misma verdad. Al principio le preocupó su recuerdo; mas luego, conforme fueron deslizándose los días, tras haber pasado dos meses sin que ella diese señales de vida, convirtiéndose en fugitiva y llorada visión de encantadora silueta que se desvanece para siempre.

—Sí; soy yo, caballero... He querido volver... pensé que no estaba en lo justo no darle las gracias...

Ruborosa, balbuciente, no acertaba con las palabras: sin duda la escalera la había fatigado, porque le palpitaba fuertemente el corazón. ¡Y qué!... ¿Era por ventura inoportuna aquella visita, en la que había estado pensando tanto tiempo, y que acabó por parecerle la cosa más natural del mundo? Lo peor fué que al pasar por el muelle había comprado aquel ramo de rosas, con la delicada intención de mostrar al joven su gratitud, y ahora aquellas flores le causaban gran embarazo. ¿Cómo dárselas? ¿Qué iba á pensar de ella? Lo indecoroso del paso no se le había ocurrido hasta el momento de abrir la puerta.

Pero Claudio, más perturbado todavía, exageraba sus cumplidos. Había soltado la paleta, y removía el taller para desembarazar una silla.

—Señorita... tenga usted la bondad de sentarse... es usted demasiado amable.

Una vez sentada, se serenó Cristina. Estaba tan gracioso gesticulando de tal manera, y com-

prendía de tal modo su timidez, que se sonrió, y le entregó el ramo de rosas, con valor.

—Tome usted; quiero que vea usted que no soy una ingrata.

De pronto, Claudio no dijo una palabra; la contempló sobrecogido. Cuando vió que no era broma, cogióle ambas manos, y se las apretó con viveza; luego, puso el ramo en un jarro, y repitió:

—¡Oh! es usted un buen muchacho... Es la primera vez que hago este cumplido á una mujer... Palabra de honor.

Volvió á acercarse y le preguntó mirándola de hito en hito:

—¿No me ha olvidado usted?... ¡Es cierto!

—Ya ve usted que no—dijo ella riéndose.

—Entonces, ¿cómo aguardó usted dos meses?

Ella se ruborizó otra vez. Iba á mentir, y esto la confundía de nuevo.

—Usted ya sabe que no soy libre... ¡Oh! Madame Vanzade me trata con mucha bondad; pero como está imposibilitada, no sale nunca, y ha sido forzoso que temiera por mi salud para obligarme á salir.

Callaba la vergüenza que le había causado en los primeros días la aventura. En cuanto se vió al abrigo de la anciana señora, el recuerdo de aquella noche pasada con un hombre, la llenaba de remordimientos, cual si fuera una falta, y creyó al principio haber logrado arrancarlo de su memoria, como una pesadilla, cuyos contornos iban borrándose. Pero, después, sin que ella supiese cómo, en la tranquilidad de su nueva vida, la imagen volvía á surgir de las sombras, adquiría por grados mayor precisión y relieve, hasta convertirse en preocupación constante. ¿Por qué olvidarle? Nada tenía que reprocharle, sin duda; todo lo contrario; se sentía obligada á él. La

idea, de volverle á ver, que de pronto rechazó, acabó por ser su idea fija. Todas las tardes, en cuanto se hallaba sola en su cuarto, la sobrecogía la tentación, sentía el mismo malestar que la irritaba contra sí misma, un deseo inconsciente; sólo consiguió calmarse un poco atribuyéndolo á la necesidad de mostrar su gratitud. Sentíase tan sola, tan oprimida en aquella soñolienta habitación! hervía en sus venas la savia juvenil; henchía su pecho el deseo de la amistad.

—Entonces—continuó,—he aprovechado mi primera salida... ¡Hace tan buen día, hoy, después de estas lluvias pesadas!...

Claudio, contento, plantado delante de ella, se confesó también, pero sin que tuviese que ocultar nada.

—Lo que es yo, no me atrevía ya á pensar en usted... Usted es como las hadas de los cuentos que salen de bajo tierra y se filtran por las paredes cuando menos se piensa, y me decía: todo se acabó, tal vez has soñado que estuvo en este taller... Y la veo ahora; no puede usted figurarse cuánto me alegra... mucho... mucho...

Sonriente y corrida, Cristina volvía la cabeza, y fingía mirar en torno suyo, hasta que se puso seria, helada de sorpresa como la primera vez, al contemplar de nuevo aquellas pinturas feroces, aquellos llameantes esbozos del país del Mediodía, la anatomía exacta de los estudios. Sobrecogida de miedo, dijo con gravedad y con otra voz:

—Le estoy estorbando á usted; me voy.

—No, no—exclamó Claudio oponiéndose á que se levantara. Aquí estaba fatigándome trabajando, y un rato de conversación con usted me hará mucho bien... Ese pícaro cuadro me tortura más de lo que debiera.

Cristina alzó los ojos y contempló el gran cua-

dro, aquella tela que la otra vez estaba vuelta á la pared y que en vano había deseado ver.

El fondo, el soto umbrío atravesado por una ráfaga de sol, seguían apenas indicados con amplios brochazos. Pero las dos mujeres luchando, la rubia y la morena, casi terminadas, hacían resaltar, bañadas de luz, sus frescos tonos. En primer término, el caballero del chaquetón, retocado por tres veces, continuaba inconcluso. El pintor trabajaba especialmente en la figura central, la mujer echada; apenas había tocado la cabeza; estudiaba con tenacidad el cuerpo, cambiando de modelo cada semana, tan desesperado de alcanzar plenamente su deseo, que hacía dos días estaba pintando de memoria sin ayuda del natural, él que se jactaba de no poder inventar.

Cristina se conoció en seguida. Aquella niña, revolcándose en la hierba con el brazo debajo de la cabeza, sonriendo sin mirar, cerrados los párpados, era ella. Desnuda como estaba, tenía su misma cara, lo cual sublevó su ánimo, como si fuera también el suyo aquel cuerpo y una mano brutal hubiera descubierto á la luz del día su virgen desnudez. Ofendíala sobre todo la factura fogosa y grosera que parecía violentarla, y macerar sus carnes. No comprendía semejante pintura, la juzgaba execrable, sentía contra ella una suerte de odio, el odio instintivo de una enemiga.

Se levantó por fin, y repitió secamente:

—Me voy.

Claudio seguía la con la vista sorprendido y pesaroso de tan brusca mudanza.

—¡Cómo! ¿tan pronto?

—Sí; me aguardan. ¡Adiós!

Estaba ya junto á la puerta, cuando logró cogerle la mano. Se atrevió á preguntarle:

—¿Cuándo volveré á ver á usted?

Su diminuta mano se ablandaba en la de Claudio. Pareció que vacilaba un instante.

—No sé; estoy tan ocupada...

Luego se desprendió de él y se fué diciendo precipitadamente:

—Cuando pueda... uno de estos días... ¡Adiós!

Claudio se quedó plantado bajo el dintel. ¿Qué tenía? ¿A qué tan súbita reserva, y aquella sorda irritación? Cerró la puerta, y se puso á pasear con los brazos caídos, sin comprender nada, buscando en vano la frase, el gesto que pudo ofenderla. Se encolerizaba á su vez, é igualmente no sabía explicarse su propio enfado; echó un voto, se encogió de hombros con violencia como si quisiera sacudirse su necia preocupación. ¿Era posible, por ventura, comprender á una mujer? Pero la vista de aquel ramo de flores, saliéndose del jarro, le calmó; tal era su fragancia. Toda la habitación perfumaba; en silencio, se puso á trabajar de nuevo rodeado de aquella atmósfera bien oliente.

Transcurrieron dos meses más. Los primeros días, apenas percibía el menor ruido por la mañana cuando la portera le subía el desayuno ó la correspondencia, se volvía Claudio con viveza, y hacía involuntariamente un gesto de contrariedad. No salía nunca antes de las cuatro; una tarde que, al regresar, le dijo la portera que una joven había estado á verle á eso de las cinco, no se calmó hasta dar en que la visitante era una modelo, Zoe Pièdefer. Luego, en el transcurso de algunos días, había sufrido una furiosa crisis de trabajo, inaccesible para todos, tan arrebatado y exaltado en sus teorías, que sus propios amigos no osaban contrariarle. Barría el mundo entero de una manotada; no había más que la pintura, había que pasar á degüello á los amigos, á los parientes, á las mujeres sobre todo! Tras esa

fiebre ardiente, cayó en horrible desesperación, y tuvo una semana de impotencia, de dudas, de tortura, á punto de creer que era un idiota. Convalecía y entraba otra vez en carril, continuando su lucha resignada y solitaria con su gran cuadro, cuando en una mañana brumosa de fines de Octubre, se estremeció de pronto y dejó rápidamente su paleta. Nadie había llamado á la puerta, pero acababa de oír y conocer los pasos del que subía. Abrió y entró ella. ¡Ella por fin!

Aquel día llevaba Cristina un largo manto de lana gris que la cubría de pies á cabeza. Su sombrerito de terciopelo era de color oscuro, y la niebla había rociado de perlas su velo de encaje negro. Pero á él le pareció muy alegre, con aquel primer estremecimiento de frío del invierno. Desde luego, se excusó ella de haber tardado tanto en volver, y sonriendo con su franqueza habitual, le confesó que había dudado, vacilado mucho, y estado á punto de resolver que no; sí, manías suyas, que él debía comprender. Pero él no comprendía, ni deseaba comprender nada, puesto que en definitiva había vuelto, y le bastaba que no estuviese disgustada contra él y que consintiera en subir á verle de cuando en cuando, como una buena amiga. Durante más de una hora estuvieron hablando muy acordes en todo, sin intención oculta ni hostilidad alguna desde aquel punto, como si el acuerdo se hubiese realizado á pesar suyo y lejos uno de otro. Ni pareció que ella se fijase en los esbozos y estudios de las paredes. Sólo un momento contempló con atención el gran cuadro, la cara de la mujer desnuda y recostada en la hierba, bañada por el oro resplandiente del sol. Decididamente no era ella; aquella figura no tenía su mismo rostro, ni su cuerpo. ¿Por dónde podía haber visto su retrato, en aquel espantable fangal de colores? Y sentía ternura

y compasión por aquel honrado muchacho que ni á retratar se propasaba. Al despedirse, cogióle ambas manos.

—Volveré.

—Sí; ¡dentro dos meses!...

—No, la semana que viene... Ya verá usted. Hasta el jueves.

El jueves volvió realmente, con gran exactitud. Y desde aquel punto no cesó de acudir una vez por semana, sin día fijo, cuando casualmente lo permitían sus ocupaciones; luego escogió los lunes, día que le concedió Mme. Vanzade para salir á paseo y respirar un poco en el Bois de Boulogne. Como debía estar de vuelta á las once, apretaba el paso y llegaba con las mejillas sonrosadas de haber corrido, porque de Passy al muelle Bourbon la distancia era larga. Durante los cuatro meses de aquel invierno, de Octubre á Febrero, así compareció á la cita, ya bajo la lluvia torrencial, ya á través de la niebla del Sena, ó á la pálida luz del sol que entibiaba los muelles. Y hasta ocurrió, á partir del segundo mes, que llegaba á lo mejor de improviso, algún otro día de la semana, aprovechando una ida á París, para subirse al taller un rato, que no podía pasar de dos minutos, el tiempo preciso para darse los buenos días; apenas entraba, ya estaba bajando otra vez la escalera, gritando: «hasta luego».

En esto Claudio empezaba á conocer á Cristina. Eternamente desconfiado, tratándose de mujeres, alimentaba todavía una sospecha: la de que habría tenido amores en su pueblo; pero la tierna mirada, la franca risa de la muchacha desvanecieron todas sus preocupaciones, y la sentía ahora inocente del todo, con una inocencia de niña grandullona. En cuanto llegaba, sin embarazo alguno y á sus anchas, como en casa de un amigo, se ponía á conversar con inagotable charla. Ya

le había contado veinte veces la historia de su infancia en Clermont, y á pesar de eso volvía siempre al mismo cuento: la tarde en que murió de repente el capitán Hallegrain, mientras ella y su madre estaban en la iglesia. Recordaba perfectamente la vuelta, la horrible noche que pasaron; el capitán, grueso, robusto, tendido sobre un colchón, saliente la mandíbula inferior; tan bien lo recordaba, que no podía imaginarle de otro modo en su infantil memoria. También ella tenía la mandíbula saliente de aquel modo, tanto que su madre, cuando no sabía cómo dominarla, le decía á gritos: «¡Ah! barba de vejentona, te chuparás la sangre como tu padre.» ¡Pobre madre! ¡y poco que la había mareado con sus locas travesuras, con sus taravillas! Por mucho que remontara el curso de su vida con la memoria, la recordaba siempre delante de la misma ventana, pequeña, delgadita, pintando silenciosa sus abanicos, con dulces ojos, lo único en que se le parecía ella en la actualidad. Cuando querían hacerle un cumplido, le decían: «Tiene los mismos ojos de usted.» Y sonreía la pobre, contenta de verse reproducida en el rostro de su hija, al menos en aquel rasgo de dulzura. Después de la muerte de su marido, trabajaba hasta horas tan avanzadas, que perdía la vista. ¿Cómo vivir si no? Su viudedad, los quinientos francos que tenía, bastaban apenas para atender á las necesidades de la muchacha. Por espacio de cinco años, ésta la había visto palidecer y enflaquecer de día en día, extinguirse poco á poco, hasta convertirse en una sombra, y conservaba el remordimiento de no haber sido más juiciosa, desesperándola con su inaplicación, renovando todos los lunes sus buenos propósitos, jurándole que pronto la ayudaría á ganar dinero; pero en vano, á despecho suyo, sus brazos y piernas no podían estar

parados un instante; caía enferma en cuanto estaba quieta. En esto, una mañana su madre no había podido levantarse, y había muerto al cabo, con voz tan débil que apenas se le oía, y con los ojos arrasados en lágrimas. Siempre la recordaba así: muerta, pero con los ojos abiertos, llorando todavía, fijos en ella.

Otras veces Cristina, interrogada por Claudio sobre Clermont, olvidaba sus penas para soltar sus recuerdos. Con grandes carcajadas se reía de su campamento, en la calle de l'Eclache: ella, hija de Estrasburgo, el padre, gascón, la madre, parisiense, y los tres metidos en la Auvernia, que maldecían. La calle de l'Eclache que baja al Jardín de Plantas, estrecha y húmeda, era triste como un subterráneo; ni una tienda, ni un alma, sólo fachadas con los postigos cerrados siempre; pero del lado de los jardines las ventanas de sus habitaciones gozaban de la alegría de un buen sol. El mismo comedor tenía un balcón muy ancho, especie de galería de madera, cuyos arcos guarnecía una glicina gigantesca, donde desaparecían del todo. Allí había crecido, junto á su padre enfermo; luego allí había permanecido encerrada con su madre, á quien fatigaba la menor salida; tan poco sabía de la ciudad y sus alrededores, que ambos acabaron por reirse cada vez que á una pregunta de Claudio, contestaba con su eterno:—No sé. ¿Si había montañas? Sí, las había; por un lado se veían en lontananza en el extremo de las calles, mientras por otro, tendíase la campiña llana hasta al infinito; pero no iban nunca, estaba demasiado lejos. Dentro de la ciudad hubiera ido á la catedral con los ojos cerrados; se daba la vuelta por la plaza de Jaude, y se echaba por la calle des Gras; y era inútil preguntar más; el resto se apiñaba enriscado; callejones y bulevares en cuesta; una ciudad ne-

gruzca que se escurría hacia abajo y donde los chubascos formaban verdaderos ríos, y tronaba y relampagueaba mucho. ¡Qué tempestades!.... Aún la estremecían recordándolas. Delante de su cuarto, por encima de los techos, se veía constantemente llameando el para-rayos del Museo. En el comedor, que servía también de salón, tenía una ventana que formaba una honda abertura, grande como una habitación, donde colocaba su mesa de estudio y todos sus menudos entretenimientos. Allí le había enseñado á leer su madre; y allí se dormía oyendo á los maestros; á tal punto la fatigaban las lecciones. Y ahora se movía de su ignorancia; era una señorita muy instruída que ni siquiera sabía los nombres de todos los reyes de Francia, con las fechas de su reinado; famosa música que no había pasado de los *Petits Bateaux*; prodigio de acuarelista que echaba á perder los árboles, porque era demasiado difícil imitar las hojas. De repente, saltaba al relato de los quince meses que había pasado en el convento de la Visitación, después de la muerte de su madre. El convento era muy grande, estaba extra-muros, tenía jardines magníficos. Los cuentos, acerca de las buenas madres, no tenían fin: celos, simplezas, inocentadas increíbles. Debía profesar y en la iglesia se ahogaba. Le parecía que todo había concluído para ella, cuando la superiora, que la quería mucho, la hizo variar de resolución, procurándole aquella colocación en casa Mme. Vanzade. Esto es lo que la sorprendía: ¿cómo la madre de los Santos-Angeles había leído tan claro en su corazón? Porque desde que habitaba en París había caído en una indiferencia religiosa completa.

Entonces, cuando se agotaron los recuerdos de Clermont, Claudio quiso saber qué vida hacía en casa madame Vanzade, y todas las semanas le

contaba ella nuevos pormenores. En el pequeño hotel de Passy, silencioso y cerrado, la existencia se deslizaba con regularidad al mortecino tic-tac de los viejos relojes. Dos antiguos criados, una cocinera y un ayuda de cámara, que llevaban cuarenta años en la casa, eran los únicos que cruzaban por las vacías habitaciones, sin el menor ruido, con pasos de fantasma. Sólo muy de tarde en tarde comparecía alguna visita; algún general octogenario, tan reseco, que apenas oprimía la alfombra. Era aquella la casa de los duendes; el sol agonizaba allí con apagada luz de lamparilla, filtrándose por los travesaños de las persianas. Desde que la señora, ciega completamente y enferma de las piernas, no salía de su cuarto, no tenía otra distracción que hacerse leer, sin parar, libros piadosos. ¡Ah, cómo abrumaban á veces á la joven aquellas lecturas interminables! Si hubiese sabido un oficio cualquiera, ¡con qué gusto hubiera cortado vestidos, ó adornara sombreros, ó hiciera flores! ¡Pensar que no era capaz de nada y que se lo habían enseñado todo! ¡De modo que en realidad no tenía otro fuste que el de una muchacha á sueldo, una semi-criada! La hacía padecer, además, aquella clausura, aquella rigidez que olía á muerte, y volvía á sentir los vértigos de su niñez, cuando quería forzarse al trabajo para complacer á su madre; su sangre hervía, ansiaba saltar, gritar, ebria de vida. Pero la señora la trataba con tal dulzura, dándole permiso para retirarse, y ordenándole que saliese á paseo, que sentía remordimientos cuando al volver del muelle Bourbon, se veía obligada á mentir, hablar del Bois de Boulogne, pretextar alguna devoción en la iglesia, donde ya no iba nunca. De día en día, la señora la quería más; le hacía mil regalos, un vestido de seda, un reloj antiguo, hasta alguna ropa blanca; y ella quería también

mucho á la señora; una vez que la llamó su hija, se echó á llorar, juraba no abandonarla nunca, llena de compasión por ella, viéndola tan anciana y tan enferma.

—Bah—dijo una mañana Claudio—la recompensará á usted; la nombrará su heredera.

Cristina se sorprendió.

—¿Le parece á usted?... Dicen que tiene tres millones... No, nunca he pensado en ello, ni lo quisiera: ¿qué sería de mí?

Claudio volvió la cara y añadió con rudo acento:

—Sería usted rica... Antes, sin duda, la casará á usted.

Al oír esta frase, le interrumpió ella con una risotada:

—Con alguno de sus vejetes... el general... que lleva una quijada de plata... ¡Qué locura!

Ambos no pasaban de tratarse con la familiaridad de amigos antiguos. El era tan novicio en todo como ella, pues no había conocido más mujeres que las de ocasión, y vivía fuera de la realidad, soñando con románticos amores. De modo que tanto á ella como á él les parecía lo más natural y sencillo el verse de aquella suerte en secreto, por amistad, sin otra galantería que un apretón de manos al entrar y un apretón de manos al salir. Ni se le ocurría á él preguntarse qué sabría ella de la vida y del trato con los hombres, en su ignorancia de señorita decente, y era precisamente ella quien le sentía tímido y le miraba de hito en hito, á veces, con la vacilación, con la turbación y asombro del amor ignorante de sí mismo. Pero ni la más leve agitación, ni el más insignificante ardor alteraba todavía el placer de encontrarse juntos. Sus manos permanecían frescas; hablaban de todo alegremente y hasta se disputaban á veces como buenos amigos, seguros de no enfadarse nunca. Sólo que su amis-

tad empezaba á ser tan viva, que ya no podían pasar el uno sin el otro.

En cuanto llegaba Cristina, Claudio quitaba la llave de la cerradura. Ella misma lo exigía; así no iría nadie á estorbarlos. Al cabo de algunas visitas, ella se había posesionado del taller; parecía estar en su casa. La cosquilleaba el deseo de introducir un poco de orden en todo, porque le atacaba los nervios semejante descuido; pero la tarea no era muy fácil, por cuanto el pintor prohibía barrer á la portera por temor de que el polvo cubriera la fresca pintura; la primera vez que su amiga intentó limpiarlo todo un poco, siguióla con la vista inquieto y suplicante. ¿A qué sacar las cosas de su sitio? ¿No bastaba, por ventura, tenerlas al alcance de la mano? No obstante, mostraba ella tan alegre obstinación y tal contento de hacerse la dueña hacendosa, que acabó Claudio por dejar que hiciese su gusto. Ahora, apenas llegaba, después de haberse quitado los guantes y recogídose la falda con alfileres por no ensuciarla, lo removía todo y arreglaba la habitación en un abrir y cerrar de ojos. Ya no se veía en la estufa el montón de ceniza acumulada; el biombo ocultaba la mesita-tocador y la cama; el diván, cepillado; el armario, fregado y reluciente; la mesa de pino desembarazada de la vajilla y limpia de las manchas de colores; y por encima de las sillas, simétricamente colocadas, y de los caballetes cojos, arrimados á las paredes, descollaba el gran reloj, mostrando sus flores de carmín, y parecía que su tic-tac era más sonoro. ¡Magnífico! nadie hubiera conocido la habitación. Mudo de sorpresa, él la contemplaba ir y venir y volverse, cantando. ¿Era la misma, era aquella perezosa, á quien daba insupportable jaqueca el menor trabajo? Ella se reía; trabajar de cabeza, sí; pero el trabajo manual, al

contrario; le hacía bien, la enderezaba como un arbolillo. Confesaba, como si fuera un vicio, su afición á las bajas faenas caseras, que era lo que desesperaba á su madre, cuyo ideal de educación consistía en las artes de adorno, y quería hacer de ella una institutriz de manos delicadas y sin tocar nada nunca. ¡Qué de amonestaciones siempre que la sorprendía, siendo muy niña, bariendo, fregando, jugando á la cocinera con delicia! Hoy mismo, si pudiera dar una mano á la limpieza en casa Mme. Vanzade, se fastidiara menos. Pero ¿qué dirán? Por de pronto dejaría de ser una señorita. Así, iba al muelle Bourbon á darse ese gustazo, sofocada, colorada, chispeándole los ojos como mujer que hinca los dientes en la fruta prohibida.

Disfrutaba ahora Claudio, en torno suyo, de los cuidados de una mujer. Porque se sentara y pudiesen hablar tranquilamente, le pedía á veces que le cosiera un puño desprendido, ó algún descosido de la chaqueta. Ella misma se había ofrecido á repararle la ropa blanca. Pero en estas operaciones ya no ardía la misma llama de la mujer hacendosa en movimiento. Primero, que no sabía, manejaba la aguja como educada con el desprecio de la costura; luego, aquella inmovilidad, aquella atención, el atender á las puntadas, una por una, la exasperaban. El taller chorreaba limpieza como un salón, pero Claudio iba roto y descosido, lo cual hacía reír á ambos; les parecía gracioso.

Pasaron cuatro meses felices, cuatro meses de lluvias y nieve en aquel taller, donde la candente estufa roncaba como un tubo de órgano. El invierno parecía aislarles más entre aquellas cuatro paredes. Cuando la nieve cubría los vecinos tejados y algunos gorriones batían las alas contra los cristales de la claraboya, sonreían pensando en

que allí estaban tan calentitos y lejos de todo, en medio de la gran ciudad muda y silenciosa. Y no dispusieron sólo de aquel estrecho rincón; ella acabó por permitirle que la acompañara de vuelta á su casa. Por mucho tiempo, había querido irse siempre sola; le daba vergüenza que la vieran del brazo de un hombre, hasta que un día que caía un chaparrón, forzoso fué dejarle bajar á él con el paraguas; pero como cesara la lluvia muy pronto, al otro lado del puente de Luis Felipe, le despidió: sólo estuvieron algunos minutos apoyados en el parapeto contemplando el Mail, contentos de verse juntos al aire libre. Abajo se alineaban en cuatro hileras, amarrados á la escollera, los botes cargados de manzanas, y tan apretados, que algunas palancas los ponían en comunicación y hacían una vereda por donde discurrían niños y mujeres; divertíales aquella abundancia, aquellos grandes montones de fruta que atestaban los ribazos, aquellas canastas viajando, mientras el olor fuerte, casi hediondo, olor de cidra en fermentación, se exhalaba con el húmedo hálito del río. A la siguiente semana, como brillara de nuevo el sol y él le hubiese elogiado la soledad de los muelles junto á la isla de San Luis, consintió ella en dar una vuelta por allí. Echaron por el de Bourbon y el de Anjou, deteniéndose á cada paso, interesados por el bullicio y hormigueo del Sena: la draga, cuyos cangilones rechinaban, la barcaza-lavadero sacudida por la gritería de las disputas, una grúa más abajo, descargando una chalana. Sobre todo ella se mostraba sorprendida: ¿era posible que aquel muelle des Ormes, tan lleno de vida en frente, que el otro de Enri IV con su inmenso ribazo, con aquella playa en que se revolcaban por la arena pandillas de niños y perros, que todo aquel horizonte de ciudad populosa y activa fuese aquel mismo

horizonte de ciudad maldita, entrevista en un lago de sangre, la noche de su llegada? Luego dieron la vuelta á la punta á paso lento, por gozar del aspecto desierto y silencioso que algunas viejas casas parecen prestar al sitio; contemplaron la hervidora corriente á través de las maderas en construcción de la Estacade, regresaron por los muelles de Bethune y de Orleans como aproximados por la mayor anchura del río, arrojándose el uno al otro ante la inmensa corriente, mirando á lo lejos el Port-au-Vin y el Jardín de Plantas. Sobre el pálido fondo del cielo azuleaban las cúpulas de los monumentos. Llegados al puente de San Luis, él debió nombrarle á Nôtre-Dame que ella no reconocía, vista así por el ábside colosal y acurrucada entre sus botareles parecidos á unas patas en reposo, dominada por la doble cabeza de sus torres, encima de su largo espinazo de monstruo. Pero su hallazgo, aquel día, fué la punta occidental de la isla, aquella proa de navío continuamente anclada que, entre las dos corrientes en huída, contempla á París sin alcanzarlo nunca. Bajaron una escalera muy empinada, descubrieron un solitario ribazo, plantado de grandes árboles; refugio delicioso, asilo en medio de la multitud: París zumbando en torno, en los muelles, en los puentes, mientras ellos paladeaban á orillas del agua el placer de estar solos, ignorados de todos. Desde aquel día, aquel ribazo fué su rinconcito campestre, el país libre; allí aprovechaban las horas de sol, cuando el fuerte calor del taller, donde la estufa enrojecida seguía roncando sin cesar, les sofocaba y enardecía sus manos con la fiebre que temían.

Pero hasta entonces, Cristina había rehusado dejarse acompañar más allá del Mail. Al llegar al muelle des Ormes, despedía á Claudio, como si París con su gente y sus posibles encuentros,

empezara en aquella larga hilera de muelles que le era imprescindible recorrer. Mas Passy estaba tan lejos, y la fastidiaba tanto hacer sola aquel viaje, que poco á poco fué cediendo: primero le permitió acompañarla hasta el Hôtel-de-Ville, luego hasta el Pont-Neuf, luego hasta las Tullerías. Olvidaba el peligro: ambos salían ahora del brazo como unos recién casados, y semejante paseo repetido sin cesar, el paso lento por la misma acera del lado del río, iba tomando para ellos un encanto infinito; era una dicha tal, que jamás sentirían otra tan viva. Eran ya uno de otro, profundamente, sin haberse entregado todavía. Parecía que el alma de la gran ciudad, surgiendo del río, los rodeaba con toda aquella ternura que había azotado las viejas piedras á través de las edades.

Desde que llegaron los rigores de Diciembre, Cristina no iba al taller hasta á la tarde, y á eso de las cuatro, cuando se ponía el sol, Claudio la acompañaba del brazo. Los días que hacía bueno, en cuanto desembocaban en el puente Luis Felipe, la inmensa perspectiva de los muelles se extendía á su vista, perdiéndose en lo infinito. De un extremo á otro, el sol cayendo oblicuamente, calentaba con polvillo de oro las casas de la ribera derecha, mientras que en la ribera izquierda, las islas, los edificios, resaltaban con negra y recortada silueta sobre la inflamada aureola de poniente. Entre la una margen resplandeciendo, y la otra oscura, relucía cabrilleando el Sena, cortado por las delgadas barras de sus puentes, los cinco arcos del de Nôtre-Dame, bajo el único arco del de Arcole, luego el Pont-Neuf, con línea cada vez más fina, y mostrando cada uno de ellos, más allá de su sombra, un vivo toque de luz, el agua como un pedazo de seda

azul, blanqueando como la luna de un espejo; y mientras las cortaduras crepusculares de la izquierda remataban con la silueta de las puntiagudas torres del Palais, que resaltaban negras como carbonizadas en el vacío, á la derecha en la claridad se extendía una curva suave, tan prolongada y esfumada á lo lejos, que el pabellón de Flora, avanzando como una ciudadela en un cabo, parecía un castillo de cuento de hadas, azulado, ligero, tembloroso, entre la sonrosada humareda del horizonte. Pero ellos, bañados de sol, bajo los plátanos sin hojas, apartaban la vista de aquella deslumbradora perspectiva y se complacían en visitar ciertos rincones, siempre los mismos, uno sobre todo, el confuso montón de viejas casas encima del Mail; abajo, tenduchos de quincajería y de artículos de pesca de un solo piso, y con su azotea guarnecida de laurel y emparrados; detrás, algunas casas más altas y ruinosas, y con ropa á secar en las ventanas: todo un hacinamiento de construcciones estrambóticas é irregulares, un amasijo de tablas y obras de mampostería derrumbándose, y jardines pensiles, donde algunas esferas de cristal relucían como estrellas. Seguían andando y dejaban bien pronto de mirar los grandes edificios, el Cuartel, el Hôtel-de-villé, para contemplar con interés, del otro lado del río, la Cité, ceñida por sus rectos y lisos lienzos de muralla, sin ribazo. Descollando por encima de las oscuras casas, parecían las torres de Nôtre-Dame resplandecientes como recién doradas. Algunos vendedores de libros viejos empezaban á invadir los parapetos; una pinaza cargada de carbón vegetal estaba reluchando con la terrible corriente, bajo un arco del puente Nôtre-Dame. Allí se detenían á aspirar la fragancia de las primeras violetas y los alelis precoces. Por la izquierda, en tanto, se descubría y prolongaba

la otra orilla; más allá de las garitas del Palais aparecían las casitas amarillentas del muelle de l'Horloge hasta la espesura de los árboles del terraplén; luego, conforme se avanzaba, surgían de entre la bruma otros muelles, allá á lo lejos: el muelle Voltaire, el Malaquais, la cúpula del Instituto, la cuadrada casa de la Moneda, un largo lienzo gris de fachadas de las que apenas se distinguían las aberturas, un promontorio de techumbres que, con los tubos de sus chimeneas, tomaba el aspecto de una costa brava perdiéndose en un mar fosforescente. En frente, en cambio, el pabellón de Flora salía de la bruma de ensueño y se solidificaba sobre la última llamarada del astro. Entonces, á derecha, á izquierda, en ambas orillas, veíanse las profundas perspectivas del bulevar Sebastopol y del bulevar del Palais, las bellas y nuevas construcciones de la Megiserie y el viejo Pont-Neuf con la manchita de tinta de su estatua; veíanse el Louvre, las Tullerías, y más arriba Grenelle, los horizontes sin límites, las laderas de Sèvres, la campiña bañada en una lluvia de rayos. Claudio no pasaba nunca de allí, detenido siempre por Cristina antes de llegar al Pont-Royal, cerca de los hermosos árboles de los baños Vigier; cuando se volvían para cambiar un último apretón de manos á la luz dorada del sol que iba enrojeciendo, miraban hacia atrás y veían de nuevo en el otro horizonte la isla de San Luis de donde venían, y los confusos términos de la gran capital que empezaba á oscurecer la noche bajo el cielo pizarreño del lado de oriente.

¡Ah! ¡qué puestas de sol tuvieron durante aquel vagamundear de cada semana! El sol los seguía en el vibrante y alegre ambiente de los muelles, la vida del Sena, el cabrilleo de la luz sobre el haz del agua, el risueño aspecto de las

tiendas abrigadas y calientes como invernáculos, los tientos de flores de los tratantes en granos, las jaulas aturdidoras de los pajareros, todo el barullo de sones y colores de las riberas de una corriente, que comunica eterna juventud á una ciudad. Conforme caminaban, la ardiente brasa del sol poniente teñía de púrpura á su izquierda el cielo por encima de la negruzca línea de las casas, y el astro parecía aguardarlos, declinaba poco á poco, rodaba lentamente hacia los lejanos techos en cuanto habían pasado el puente Nôtre-Dame, en faz del ancho río. En ningún oquedal centenario, en ninguna vereda de montaña, en ninguna pradera de llanura alguna se verían puestas de sol tan triunfales como las de la cúpula del Instituto. ¡París durmiéndose en su gloria! En cada nuevo paseo, mudaba el aspecto del incendio; nuevas hogueras añadían sus tizones á aquella corona de llamas. Una tarde en que les sorprendió un aguacero, el sol, pareciendo detrás de la lluvia, alumbró la nube entera y sólo vieron sobre sus cabezas el polvillo de agua abrasada, irizada de azul y rosa. Los días en que el cielo estaba puro, por el contrario, el sol como una bola de fuego, descendía majestuosamente en un tranquilo lago de zafiro; breve instante, la negra cúpula del Instituto le descantillaba, y le dejaba como una luna menguante; luego la bola se teñía de color violáceo, y acababa por sumergirse en el lago ensangrentado. Desde Febrero fué ensanchando su órbita, caía derecho en el Sena, que parecía chisporrotear al acercarse aquel hierro candente. Pero las grandes decoraciones, las grandes apoteosis del espacio sólo refulgían las tardes nubladas. Entonces, según los caprichos del viento, ya eran mares de azufre batiendo rocas de coral, ya palacios y torres, unos encima de otros, ardiendo, derrumbándose, sol-

tando por sus brechas torrentes de lava; á veces, súbitamente, el astro, ya desaparecido, oculto detrás de un velo de vapores, se filtraba por aquel antemural, con tal polvareda de luz que centelleaban á través del espacio de una parte á otra del cielo mil rayos visibles como una lluvia de flechas de oro. Y caía el crepúsculo, y ambos se despedían con los ojos deslumbrados; sentían á París triunfante cómplice de su inagotable dicha, puesto que podían siempre renovar juntos sus paseos á lo largo de los antiguos parapetos de piedra.

Ocurrió, por fin, un día lo que tanto temía Claudio sin decirlo. Cristina, al parecer, ya no pensaba en que podían verlos: ¿quién la conocía? Y así seguiría siempre; eternamente desconocida de todos; pero él se acordaba de sus amigos, estremecía ligeramente alguna vez, creído de haber divisado á lo lejos alguna figura conocida. Atormentábale cierto pudor; la idea de que pudiesen mirar de hito en hito á la joven, acometerla, chancearse tal vez, le causaba un malestar insoportable. Cabalmente aquel día, cuando ella se colgaba de un brazo, cerca del puente de las Artes, dió de manos á boca con Sandoz y Dubuche que bajaban por la escalera. Era imposible evitar el encuentro, estaban frente á frente; además, sus amigos le habían visto, porque sonreían. Fué andando hacia ellos muy pálido, y se creyó perdido: Dubuche iba ya hacia él; pero Sandoz le retuvo, se lo llevaba hacia otro lado. Pasaron indiferentes, y desaparecieron por el Louvre sin volverse siquiera. Ambos acababan de conocer al original de la cabeza al pastel que el pintor escondía celoso como un amante. Cristina, muy alegre, no había notado nada. Palpitándole fuertemente el corazón, Claudio le contestaba con entrecortadas frases, conmovido, próximo á llorar

de gratitud por la discreción de sus viejos amigos.

Unos días después, tuvo otro sobresalto. Como no aguardaba á Cristina, se citó con Sandoz; pero ella compareció á pasar una hora, dándole una de aquellas sorpresas que tanto le complacían. Según costumbre, acababan de quitar la llave de la cerradura, cuando llamaron á la puerta familiarmente. En seguida conoció él aquel modo de llamar, y tanto le descompuso la aventura, que echó al suelo una silla. Era imposible excusarse con la ausencia. Pero se puso ella tan pálida, con gesto suplicante y fuera de sí, que quedó inmóvil y reteniendo la respiración. Continuaban llamando á la puerta. Sonó una voz: «¡Claudio, Claudio!» El permanecía quedo, vacilante, sin embargo, pálidos los labios, la mirada fija en el suelo. Reinó profundo silencio; se oyeron escalera abajo algunos pasos que hacían crujir los peldaños de madera. Hinchó su pecho inmensa tristeza; partíasele el corazón de remordimientos á cada uno de aquellos pasos que se alejaban, como si hubiese renegado la amistad de toda su juventud.

Pero una tarde llamaron y Claudio sólo tuvo tiempo de murmurar con desesperación:

—La llave está en la cerradura.

En efecto, Cristina se había olvidado de quitarla. Azorada, corrió á esconderse detrás del biombo, donde se dejó caer sentada sobre la cama, con un pañuelo en la boca para ahogar el rumor de la respiración.

Seguían golpeando la puerta más recio; sonaron algunas carcajadas, el pintor tuvo que gritar:

—Adelante.

Y se aumentó su desazón, cuando vió á Jory que galantemente venía á presentarle á Irma Bécot. Hacía quince días que se la había cedido Fagerolles, ó mejor, se había resignado á aquel

capricho por temor de perderla del todo. Por entonces, prodigaba sus juveniles gracias por todos los rincones de los talleres, con tal arrebatado de locura, que todas las semanas se mudaba tres camisas, sin perjuicio de volver por una noche, si así le pasaba por la cabeza.

—Ha querido visitar tu taller, y te la traigo. Así explicaba la visita el periodista.

Pero, sin aguardar, ella se paseaba arriba y abajo y exclamaba con entera libertad:

—¡Oh, qué bonito!... ¡Oh, qué pintura tan original!... Vaya... sea usted amable, enséñemelo usted todo; quiero verlo todo... ¿Dónde duerme usted?

Claudio, febril, inquieto, temió que retirase la mampara; imaginaba á Cristina escondida allí; estaba ya angustioso por lo que pudiese oír.

—¿Sabes qué viene á pedirte?—repuso alegremente Jory.—¡Cómo! ¿Ya no te acuerdas?... le has prometido pintarle algo sirviéndote de ella como modelo. Te servirá, como gustes: ¿verdad, Irma?

—Ya lo creo; en seguida.

—Es que—dijo corrido el pintor—mi cuadro va á ocuparme hasta la época de la Exposición... ¡Hay una figura que me da unos malos ratos! Me es absolutamente imposible salir adelante con esos demonios de modelos!

Ella se había plantado delante de la tela, y levantaba la nariz afectando comprender.

—Esa mujer desnuda, recostada en la hierba... Bueno... diga usted; ¿tal vez yo podría servir para el caso?

De pronto, Jory se entusiasmó:

—¡Feliz ocurrencia! Tú, que buscas una muchacha bonita sin encontrarla... Se desnudará... Desabróchate un poco, hija... para que vea.

Irma, con una mano se desanudó el sombrero

con presteza, mientras con la otra intentaba desabrocharse el corsé, á pesar de la enérgica negativa de Claudio, que porfiaba como si le sujetaran á viva fuerza.

—No, no... es inútil... esta señorita es demasiado baja... No es eso; no es eso, decididamente.

—¿Y qué importa?— dijo ella, —siempre verá usted...

Y Jory se obstinaba.

—Déjala, hombre; si eres tú quien le haces un favor... No tiene la costumbre de servir de modelo, no lo necesita, pero el exhibirse es su gusto... Andaría en cueros todo el día... Desabróchate, hija mía. Sólo la garganta, ya que ese teme que te lo comas.

Por fin, Claudio le impidió que se desnudara. Se excusaba balbuciente: más tarde... tendría una satisfacción en... pero en aquel instante... temía que la vista de otro natural acabase de embrollarle; y ella se limitó á encogerse de hombros, mirándole de hito en hito con sus lindos ojuelos de muchacha viciosa, con ademán de profundo desprecio.

Entonces Jory habló de la pandilla. ¿Por qué no había ido Claudio el jueves á casa Sandoz? Ya no le veían: Dubuche le acusaba de vivir á expensas de una actriz. ¡Ah! Había sobrevenido riña entre Fagerolles y Mahoudeau á propósito de la levita negra en la escultura. El domingo anterior, Gagnière había recibido una puñada en un ojo en una audición de Wagner. El, Jory, por poco tiene un duelo en el café Baudequin de resultas de uno de sus últimos artículos en el *Tambour*. ¡Buenos los ponía á los pintores de tres al cuarto, á las reputaciones usurpadas! La campaña contra el jurado del Salón metía gran ruido; no iba á quedar ni uno solo de esos guardias del

resguardo del ideal que obstruyera el paso libre á la naturaleza.

Claudio le escuchaba con irritada impaciencia. Había cogido de nuevo la paleta, y pataleaba delante de su cuadro. El otro acabó por comprender.

—Tú deseas trabajar; te dejamos.

Irma continuaba mirando al pintor con su vaga sonrisa peculiar, sorprendida de la necedad de aquel bobo que no quería nada con ella, cosquilleada ahora con el deseo de pillarlo á despecho suyo. Era feo; ni él ni su taller valían nada, pero ¿por qué se las echaba de virtuoso? Bromeó con él un instante, aguda, inteligente, llevando ya su fortuna bajo los guñapos de su juventud. Y en el dintel, se ofreció por última vez, le acarició con ardor la mano con un apretón largo y expresivo.

—Cuando usted quiera.

Estaban ya fuera y Claudio hubo de echar á un lado el biombo, porque Cristina, muy pálida, continuaba sentada al borde de la cama, como sin fuerzas para levantarse. No hizo alusión alguna á la muchacha; declaró simplemente que había pasado mucho miedo y que quería irse en seguida, temerosa de que llamaran otra vez; llevaba impresa en el fondo de sus ojos la turbación que le había causado lo que no decía.

Mucho hacía, por otra parte, que aquel ambiente de arte grosero, aquel taller atestado de pinturas chillonas, eran para ella causa permanente de malestar. No podía habituarse á las desnudeces reales de las academias, á la cruda realidad de los estudios hechos en Provenza; la ofendían, le repugnaban. Sobre todo, no podía comprenderlas, educada como fué en la admiración y el cariño por otro arte, las finas acuarelas de su madre, aquellos abanicos de una delicadeza

de ensueño, con sus parejas de color de lila flotando entre azulados jardines. Aun á veces se entretenía en pintar algunos paisajitos de discípula, dos ó tres asuntos siempre los mismos: un lago con unas ruinas, un molino batiendo el agua de una corriente, un chalet y unos cuantos pinos nevados. Su sorpresa era grande; ¿cómo un muchacho tan inteligente pintaba de un modo tan irracional, tan feo, tan falso? Porque aquellas realidades no sólo le parecían monstruosas, sino fuera de toda verdad permitida. Había que estar loco, en una palabra.

Un día, Claudio quiso ver forzosamente un álbum, que ella trajo de Clermont y del cual le había hablado. Después de haberse resistido mucho tiempo, se lo llevó, en el fondo con cierta satisfacción y con la viva curiosidad de saber qué le diría. Claudio lo hojeó sonriéndose, y como luego se callara, ella fué la primera en insinuar:

—Le parece á usted malo, ¿verdad?

—No—respondió él...—es inocente.

La frase la picó, á pesar del tono bonachón que la hacía amable.

—¡Toma!... ¡recibí tan pocas lecciones!... Pues yo gusto de que esto sea bueno, y que agrade.

Entonces él se echó á reír con toda franqueza.

—Confíese usted que mi pintura le pone mala. Ya lo había notado; se muerde usted los labios y abre usted tales ojazos de terror!... Verdad; no es pintura para señoras, y menos para señoritas... Pero ya se acostumbrará usted; todo consiste en acostumbrar la vista; y acabará usted por ver que es muy sano y muy honesto cuanto hago por ahí.

En efecto, poco á poco Cristina se habituó á aquello. Pero al principio, no entró por nada en la conversión la convicción artística, tanto más

cuanto que Claudio, con su desdén por los juicios de la mujer, no se entretenía en adoctrinarla, y evitaba por el contrario hablar de arte con ella, como si hubiese querido reservar para sí esta pasión de su vida, ante la nueva pasión que le iba invadeindo. Sólo que ella se deslizaba por la pendiente del hábito y se familiarizaba con aquello; sobre todo, acababa por interesarse por aquellas horribles telas en vista del preeminente lugar que ocupaban en la existencia del pintor. Esta fué la primera etapa; la enterneció aquel furor por el trabajo, aquel abandonar completamente á él todo su sér; ¿no era eso conmovedor? ¿no había algo muy bueno en eso? Luego, cuando observó los goces y dolores que le causaban una sesión feliz ó desdichada, llegó á tomar parte en sus esfuerzos. Se entristecía si le veía triste; se alegraba si la recibía risueño, y desde entonces fué su preocupación: ¿había trabajado mucho? ¿estaba contento de lo que había hecho desde su última entrevista? Al cabo de dos meses estaba ya conquistada; se plantaba delante de los cuadros, á fin de ver si adelantaban; ya no les tenía horror, y aunque no aprobaba siempre aquel modo de pintar, empezaba á repetir las frases de artista que había oído, y decía: «es vigoroso; valientemente construído, soberbio de luz». Era tan bueno, le amaba tanto, que después de excusarle de pintarrapear tales horrores, fué descubriendo en él algunas cualidades, para amarlas también un poco.

No obstante, un cuadro había, el grande, el destinado á la próxima Exposición, que le costó mucho aceptar. Miraba ya sin disgusto las academias del taller Boutin y los estudios de Plassans, cuando la irritaba todavía la mujer desnuda, recostada en la hierba. Sentía contra ella un odio personal, la vergüenza de haber creído un ins-

tante que era su retrato, sorda molestia delante de aquel gran cuerpo que continuaba ofendiéndola, bien que cada día la hallase menos parecida en sus facciones á las suyas. Primero, protestó divirtiendo á otro lado la mirada; ahora, se pasaba minutos enteros, con la vista fija contemplándola silenciosa. ¿Cómo había ido desapareciendo su semejanza? A medida que el pintor se empeñaba con furia en su trabajo, jamás satisfecho, retocando cien veces el mismo fragmento, sin dar con la naturaleza que se le escapaba, la semejanza se había desvanecido un poquito cada vez. Y sin que pudiera analizar la causa, sin que ni siquiera osara confesárselo, la molestaba con creciente pesar el ver que nada quedaba de ella en el cuadro. Le parecía que su amistad se resentía de eso, se sentía menos cerca de él, á cada rasgo que se desvanecía. ¿Era que no la amaba ya, puesto que dejaba que se desprendiese de la obra? ¿Quién era aquella nueva mujer, aquel rostro desconocido y vago que iba pareciendo á través del suyo?

Claudio, afligido por haber echado á perder la cabeza, no sabía cómo pedirle que le sirviera de modelo algunas horas. Bastaba que se sentara un rato; no tomaría más que apuntaciones. Pero la había visto tan enfadada, que temía enfadarla de nuevo. Por dos veces, después de haberse propuesto rogarla alegremente, no supo dar con la frase, avergonzado de golpe como si se tratara de una indecencia.

Una tarde la conmovió con uno de aquellos accesos de cólera que no era dueño de dominar, ni aun delante de ella. Todo le había salido mal aquella semana; hablaba de rascar la tela, se paseaba furioso arriba y abajo dando puntapiés á los muebles. De pronto, la cogió por los hombros y la sentó sobre el diván.

—¡Se lo ruego; hágame usted ese obsequio, si no quiere que reviente!

Ella, azorada, no le comprendía.

—¡Cómo! ¿qué quiere usted?

Después, al verle coger los pinceles, añadió, atolondrada:

—¡Ah! ¡sí! ¡eso!... ¿por qué no me lo pedía usted antes?

Y, espontáneamente, se tendió sobre un almohadón, deslizándose el brazo bajo su nuca. Pero la sorpresa y la confusión de haber consentido tan pronto la habían puesto seria; no sabía que se hallaba tan dispuesta á eso, y hubiera jurado que nunca más volvería á servirle de modelo.

Entusiasmado Claudio, gritó:

—¿De veras? ¿consiente usted? ¡por vida de! ¡y qué mujer voy á sacar!

Y otra vez, sin reflexionarlo, soltó ella esta frase:

—¡Oh! solamente la cabeza.

El otro masculló, como quien teme haberse adelantado demasiado:

—Seguro, seguro, la cabeza no más.

Y enmudeciendo los dos, como corridos, púsose él á pintar, mientras ella, mirando al aire, inmóvil, continuaba confusa de haber dejado escapar semejante frase. ¿De dónde la habría sacado? ¿qué debía acabar de sugerir? Ya su complacencia empezaba á llenarla de remordimientos, como si cometiera una falta de decoro dejando dar su parecido á aquel desnudo de mujer, esplendente al sol.

En dos sesiones encajó Claudio la cabeza. No cabía en sí de gozo, gritando que era su mejor fragmento de pintura, y tenía razón: nunca había bañado en la verdadera luz un rostro más viviente. Dichosa con verle tan feliz, Cristina se había entusiasmado también, hasta el punto de

encontrar perfecta su cabeza, si bien no del todo parecida, pero eso sí, de sorprendente expresión. Largo rato permanecieron ante el cuadro, entornando los ojos y retrocediendo hasta la pared.

—¡Ahora—dijo por fin—voy á concluirla con la modelo! ¡ah! ¡ya la tengo!

Y, en un arranque infantil, cogió á la joven, y se pusieron á bailar lo que él llamaba «el paso del triunfo». Ella reía á más no poder, gozosa, y olvidando completamente sus escrúpulos y su mal-estar.

Pero, desde la semana siguiente, Claudio se puso de mal humor. Había elegido á Zoé Pièdefier para modelo del cuerpo, y no le daba el resultado apetecido: la cabeza, según su frase, no casaba con aquellos hombros. Obstinóse, no obstante, raspando, comenzando de nuevo y trabajando tanto, que vivía en continua fiebre. A mediados de enero, desesperado, abandonó su lienzo, poniéndolo de cara á la pared y jurando que no lo acabaría; pero, á los quince días, reanudó su tarea con otro modelo, la mocetona Judith, la cual le obligó á cambiar las tonalidades. Todavía se maleó la cosa; volvió á llamar á Zoé, no sabiendo qué hacerse, enfermó de incertidumbre y de angustia. Y lo peor era que sólo le enfurecía así la figura central, pues lo restante de la obra, los árboles y las dos figuras del fondo y el fulano con chaqueta terminados, sólidos, le satisfacían plenamente. Febrero tocaba á su término; sólo faltaban algunos días para el envío al Salón; ¡qué desastre!

Cierta noche, en presencia de Cristina, comenzó á vomitar blasfemias, lanzando este grito de cólera:

—¡Ah! ¡rayos del cielo! ¿á quién se le ocurre encajar la cabeza de una mujer en el cuerpo de otra? ¡mejor hubiera sido cortarme la mano!

Sólo una idea le dominaba ahora; obtener de ella que accediese á servir de modelo para la figura entera. Esto, al principio, había germinado lentamente; un simple deseo, desechado en seguida, por lo absurdo; después, una discusión muda, sin cesar reanudada; finalmente, el deseo neto, agudo, aguijado por la necesidad. Aquel seno, que entreviera durante cortos minutos, para no volverlo á ver más, le asediaba como un recuerdo fijo; á ella, sólo á ella necesitaba, sólo ella realizaba su obra; volvía á verla con su frescura juvenil, radiante, indispensable. De no, tanto valía renunciar al cuadro, porque no le contentaría otra. Cuando permanecía sentado horas enteras, consternado delante del cuadro inconcluso, devorado de impotencia hasta el punto de no acertar una sola pincelada, tomaba heroicas resoluciones; en cuanto entrase se echaría á sus pies, le manifestaría su tormento, con tan conmovedoras frases, que tal vez cedería. Pero, apenas la veía, risueña como un buen amigo, embutida en sus castos vestidos que no descubrían nada de su cuerpo, le faltaba el valor, volvía la mirada, temeroso de que le sorprendiera buscando debajo del corsé la suave línea de su torso, sin un gesto, cuando ella se inclinaba. Semejante pretensión era realmente una locura; no podía exigírsele á una amiga un servicio como aquel; no tendría nunca valor para tanto.

No obstante, una tarde, como se dispusiera á acompañarla de regreso, mientras ella se ponía el sombrero tendiendo al aire los brazos, permanecieron dos segundos mirándose ambos de hito en hito; él, temblando de emoción, viendo resaltar las puntas de sus pechos que parecía iban á reventar la tela del vestido; ella, tan seria y ceñuda de pronto, tan pálida, que Claudio comprendió que había leído su pensamiento. Baja-

ron por los muelles, sin decirse apenas una palabra, pero lo ocurrido quedaba entre ellos, mientras el sol se ponía en un cielo cobrizo. En dos ocasiones más, él leyó de nuevo en el fondo de sus ojos que ella conocía su continua preocupación. En efecto, desde que él se había dado á discurrir en ello, tampoco ella pensaba en otra cosa á despecho suyo, pues las continuas alusiones que soltaba él en su presencia mantenían despierta su atención. Primero, la idea rozó tan sólo su imaginación, pero luego se detuvo á considerarla, mas no creyéndose en el caso de defenderse de ella: tan fuera de toda posibilidad le parecía, ni más ni menos que uno de aquellos caprichos que no pueden decirse, y de los que no se habla nunca. Ni siquiera se le ocurrió el temor de que se atreviese á pedirle tal servicio; bien le conocía en la actualidad; con un simple gesto le hubiera impuesto silencio, antes que hubiese balbuceado las primeras palabras, á pesar de sus arrebatos de cólera. Era simplemente una locura. ¡Jamás! ¡Jamás!

Pasaron algunos días; la idea fija tomaba proporciones, en el fondo de su ánimo. En cuanto se veían juntos, les era imposible pensar en otra cosa. Nada decían, pero su silencio estaba henchido de ella; no insinuaban un solo gesto, no cambiaban una sonrisa, sin hallar en el fondo lo que no podían decir en voz alta, y que desbordaba de todo su sér. A poco, aquel secreto pensamiento fué lo único que formaba su intimidad. Si él la miraba, sentía ella que la iba desnudando con la mirada; las palabras más inocentes resonaban con enojoso significado, cada apretón de manos se corría hasta la muñeca, y hacía discurrir por el cuerpo de ambos ligero estremecimiento. Y bajo la evocación constante de aquella desnudez virginal que asediaba su imaginación, surgía,

en fin, entre ellos lo que habían evitado hasta entonces: la turbación de su intimidad, el despertar del hombre y de la mujer en medio de sus relaciones puramente amistosas. Poco á poco, se notaron una fiebre secreta, ignorada de sí mismos. Ardíanles las mejillas, se ruborizaban al menor roce. Desde entonces sentían constantemente como una excitación que les enardecía la sangre, mientras que en la invasión de todo su sér, atormentados por lo que callaban, sin poder ocultarlo, exageraban su mal hasta el punto de ahogarse, henchido el pecho de suspiros.

Hacia mediados de Marzo, un día Cristina halló á Claudio sentado delante de su obra, abrumado de pena. Ni siquiera la oyó entrar; seguía inmóvil, con la mirada atónita y fija en el cuadro inconcluso. Tres días después expiraba el plazo de envío al Salón.

—¿Qué hay?—le preguntó ella con dulzura, tras haber aguardado largo rato detrás de él, desesperada con su desesperación.

El se estremeció y se volvió:

—Pues nada... que todo está perdido... que no expondré nada este año... ¡Yo que confiaba tanto en esta Exposición!

Ambos se sumieron en profundo abatimiento, preñado de tantas cosas confusas. Luego repuso ella pensando en voz alta:

—Hay tiempo todavía.

—¿Que hay tiempo?... ¡Ah, no!... Sería necesario un milagro... ¿Dónde quiere usted que halle un modelo á estas horas?... Me he pasado la mañana forcejeando para salir del apuro, y por un instante he creído dar con la solución; sí, acudir á Irma, la muchacha que vino el otro día mientras estaba usted aquí. Ya sé que es pequeña y rolliza y que habré de cambiarlo todo;

pero es joven y es posible que... Estoy resuelto; lo probaré...

Se interrumpió. La abrasadora mirada que le dirigía parecía decirle: «¡Ah!... Me queda usted; este sería el milagro esperado, el triunfo cierto, si usted me hiciera este sacrificio supremo!... Yo lo imploro, lo pido devotamente como á una amiga adorada, la más casta, la más bella.»

Ella, erguida, muy pálida, oía cada una de estas frases; y aquellos ojos en ardiente plegaria la fascinaban. Sin precipitación alguna, se quitó el sombrero y el mantón; luego con la mayor sencillez y la misma calma, se desabrochó el corpiño, se lo quitó, luego el corsé, soltó las faldas, se desabrochó las hombreras de la camisa que se deslizó hasta las caderas. No dijo una sola palabra, ensimismada, como si su pensamiento discurriese fuera de allí, como cuando por la noche, sola en su cuarto, abstraída en algún ensueño, se desnudaba maquinalmente, sin atender á lo que hacía. ¿Por qué dejar que prestase su cuerpo una rival, cuando ella había ya prestado el rostro? Quería ser única dueña del lugar en su casa, dueña exclusiva de su ternura; comprendía, en fin, qué malestar, qué celos le causaba hacía tiempo aquel monstruo. Y sin decir palabra, como hasta allí, desnuda, virgen, se recostó en el diván, tomó la postura requerida, con un brazo debajo de la cabeza y cerrando los ojos.

Sobrecogido, inmóvil de alegría, él la vió desnudarse. Volvía á contemplarla; la fugaz visión, tantas veces evocada, se convertía en viviente realidad; era la misma belleza infantil, algo tierna todavía, pero tan ágil, de tal juvenil frescura! De nuevo se asombraba; ¿dónde podía ocultar aquel desarrollado seno que nadie hubiese sospechado bajo el vestido? No dijo tampoco una

palabra; y se puso á pintar en medio del profundo silencio, del gran recogimiento que reinaba. Dos horas largas estuvo pintando: se arrojó á trabajar con tales fuerzas, que de un golpe dejó terminado el soberbio esbozo del cuerpo entero. Jamás el desnudo femenino le había embriagado de tal suerte; de tal modo aquel le parecía radiante á la luz. Palpitábale el corazón como delante una desnudez religiosa. No se acercaba á ella; le sorprendía la transfiguración que había experimentado el rostro; lo macizo y sensual de las mandíbulas desaparecía sumergido en la suave sombra de la frente y las mejillas. Durante aquellas dos horas, ella no se movió un punto, no respiró apenas, entregándose entera, sin un estremecimiento, sin mortificación, sin ataduras. Ambos sentían que, á la menor palabra que dijese, se sobrecogerían de vergüenza. Sólo de cuando en cuando abría sus claros ojos, fijaba la mirada en un punto vago del espacio, permanecía así un instante, sin que él pudiera leer ni uno solo de sus pensamientos; después de lo cual volvía á cerrar los párpados, se sumía en su inanimación de estatua con la sonrisa misteriosa y congelada de la modelo.

Con un gesto, Claudio dió la señal de haber terminado; y otra vez corrido tropezó en una silla por volver la espalda más pronto, mientras Cristina, muy colorada, abandonaba el diván. Acudió luego á vestirse con presteza, con tan brusco estremecimiento, tan desconcertada, que no daba con los ojales, estiraba las mangas, y se abotonaba hasta el cuello por no dejar desnudo ni un dedo de su piel. Y estaba ya vestida de pies á cabeza, arrebujaada en su mantón, cuando él, de cara á la pared, no se arriesgaba á volverse. Hasta que por fin el se adelantó hacia ella y se contemplaron un momento perplejos; la emoción

los sofocaba, les impedía hablar. ¿Era tristeza, una tristeza infinita, inconsciente, sin nombre? puesto que sus párpados se cuajaron de lágrimas, como si hubiesen malogrado su existencia y llegado al fondo de la miseria humana. Entonces él, enternecido y lastimado, no acertando con una idea, ni una frase de agradecimiento, la besó en la frente.

V

El 15 de Mayo, un viernes, Claudio, que había regresado de casa de Sandoz á las tres de la mañana, encontrábase durmiendo, á las nueve, cuando le despertó la portera presentándole un gigantesco ramo que acababa de traer un recadero. Comprendió que Cristina le felicitaba de antemano por el éxito de su obra; aquel era su día magno: la inauguración del Salón de los Recusados creado aquel mismo año y donde iba á exponer su obra desechada por el Jurado del Salón oficial.

Este delicado obsequio, estos lirios frescos y balsámicos que saludaban su despertar, conmovieronle profundamente, como presagio de un día feliz. En camisa, descalzo, corrió á colocarlos en su palangana, sobre la mesa. Después, abotargados aún los ojos, medio-azorado, vistióse, maldiciendo su mucho dormir. El día antes había prometido á Dubuche y á Sandoz ir á buscarles en casa de éste para dirigirse los tres al Palacio de la Industria, donde encontrarían al resto de la pandilla. ¡Y eran ya las nueve!

Cabalmente, con nada podía acertar ahora en su taller, en el mayor desorden desde la salida del magno lienzo. Por espacio de cinco minutos anduvo buscando sus zapatos, de rodillas, entre viejos bastidores. Volaban partículas de oro, pues no sabiendo de dónde sacar el dinero para un marco, había hecho ajustar cuatro maderos por un carpintero de la vecindad, y los había dorado él mismo auxiliado por su amiga, que dió muestras de ser muy inhábil doradora. Por fin, vestido, calzado, con su sombrero hongo salpicado de amarillas chispas, disponíase á salir cuando una idea supersticiosa le llevó de nuevo hacia el ramillete que permanecía solo, sobre la mesa. Si dejaba de besar aquellas flores, sufriría un fracaso, de fijo. Las besó, aspirando su penetrante olor primaveral.

Ya en el patio, dijo á la portera, entregándole la llave:

—Estaré ausente todo el día.

En menos de veinte minutos llegó á casa de Sandoz, calle d'Enfer; y aun cuando temía no encontrarle, hallóle igualmente retrasado á causa de una indisposición de su madre; nada grave, sólo una mala noche, que le había tenido inquieto y trastornado. Tranquilo actualmente, le refirió que Dubuche había escrito que no le es-